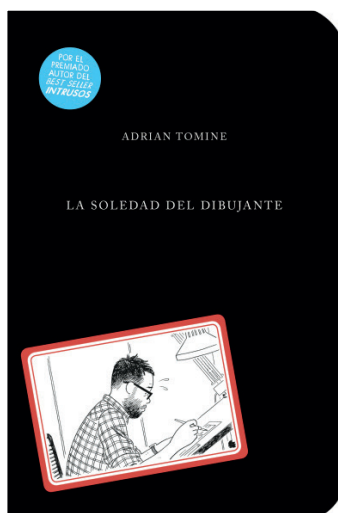

La soledad del dibujante

ADRIAN TOMINE

Traducción de Raúl Sastre

Sapristi, 2020



Hace ya bastante tiempo que Adrian Tomine dejó de tomarse en serio. Pese a que mantiene un reconocible respeto por su gremio, no tiene la misma estima por su personalidad artística ni tampoco para consigo mismo. Lo sabemos, por lo menos, desde que nos dejó entrever los preparativos de su boda en *Escenas de un matrimonio inminente* (Sins Entido, 2012), que supondría a la postre la primera pista. Más adelante, algunas de las historietas incluidas en *Intrusos* (Sapristi, 2019) indicaron que aquello no había sido un simple capricho. Hoy, *La soledad del dibujante* significa la confirmación definitiva de una deriva que, aunque puede entenderse como un progresivo cambio de registro respecto a las etapas iniciales de su carrera, no es ni mucho menos una ruptura radical.

Si tenemos en cuenta, de hecho, la edad que tenía cuando se publicó sus primeros mini-cómics o en su debut con *Drawn & Quarterly*, sería lógico deducir que sus propios fantasmas y decepciones le inspiraron en la gestación de más de un personaje de cuantos desfilaron entonces en recopilaciones como *Sonámbulo y otras historias* (La Cúpula, 2018) o *Rubia de verano* (La Cúpula, 2013), esos jóvenes urbanitas desorientados y enamoradizos, empujados o arrastrados, según se mire, por el ansia y la nostalgia. Siguiendo esa línea se entiende mejor el hecho de que su última obra sea una especie de autobiografía, el resultado pues de una evolución lógica y natural, además de la indiscutible evidencia de que sus tebeos han madurado con él.

Tildarla de semblanza tal vez pueda sonar excesivo por cuanto la verdadera intención de *La soledad del dibujante* es en realidad la de compilar solo algunos momentos significativos de su vida como aficionado a los tebeos y como profesional del medio.

De hecho, su *alter ego* en el libro reconoce hacia el final que lo que recuerda con más claridad «es todo lo relacionado con los cómics... las bochornosas meteduras de pata, las pequeñas humillaciones, los insultos que he creído recibir». Una serie de vivencias elocuentemente negativas que juntas conforman un hilarante recorrido personal y, contra todo pronóstico, el trabajo más melancólico de su trayectoria.

Ese contraste no es el único. Si seguimos leyendo vamos a tropezarnos con unas cuantas dualidades. Para empezar, aunque el narrador/protagonista se parezca horrores al autor, tenga su nombre y su apellido (al parecer, difícil de pronunciar) y supuestamente comparta sus filias, fobias, secretos y mentiras, es imposible saber si lo que cuenta es verídico o no. Esa indecidibilidad que Andrés Trapiello asignaba a *El maestro Juan Martínez que estaba allí*, en el sentido de que no se podía averiguar si lo que ahí relataba Chaves Nogales le había pasado a su compadre o a él mismo, o si los hechos eran reales o ficticios, es asimismo aplicable al cómic que nos ocupa. Y al igual que en la susodicha crónica del felizmente recuperado periodista sevillano, tampoco aquí el grado de veracidad afecta a la lectura ni le resta autenticidad. Los acontecimientos se intrincan tan convincentemente con la cotidianidad que todo suena cercano y, lo que es más importante, interesante. El tallado de su figura central y el de los ambientes en los que se mueve responde siempre a una percepción subjetiva, son recreaciones de instantes extraídos supuestamente de su memoria que comparte ahora con nosotros, entre risas, a través de un monólogo desenfadado con forma de historieta.

En esa misma línea, convendría fijarse en la apariencia física del volumen. Imita la apariencia de un clásico cuaderno de notas de 15 x 20 centímetros, con sus tapas negras y sus hojas cuadriculadas (en la edición original incluía además una goma elástica para cerrarlo), para que de ese modo el contenido se perciba igualmente espontáneo, temporal y transitorio. En realidad, no hay nada de eso. Existe un guion claramente estructurado, con una ordenación cronológica de los hechos, una segmentación por capítulos y una conclusión que enlaza a la perfección con el arranque. Esta última es una estrategia similar a la utilizada en aquellas *Escenas de un matrimonio inminente* citadas al principio que concluían con la explicación de cómo había surgido la idea de darle forma, concretamente cuando su futura mujer le pedía entusiasmada que realizara un pequeño tebeo como recordatorio para los invitados a la ceremonia. En consonancia con ese supuesto aspecto precedero del libro, el trazo pretende disfrazarse de borrador, de bosquejo, de apunte, y consigue verse descuidado y fresco. La explicación es sencilla. Tomine ha alcanzado un enorme dominio de su oficio y puede desarrollarlo como le dé la gana. Ha logrado asimilar con naturalidad la herencia de Charles Schulz mediante las enseñanzas de Jaime Hernandez, sin convertirse en un mero imitador de alguno de los dos, sino conservando una idiosincrasia intransferible.

Pero no se trata únicamente de la manera de dibujar, sino también del dominio inapreciable de las herramientas necesarias en cada minuto. Ha llegado a un punto, a base de años de formación, de ensayo y error y de acumulación de páginas a sus es-

paldas, en el que puede permitirse el lujo de rechazar lo que no le sirve y de quedarse con lo imprescindible. Y consigue plasmar sin trucos toda la complejidad de una narración en apariencia sencilla, que se lee con asombrosa facilidad.

Resulta igualmente apasionante dilucidar a qué tipo de destinatario específico está orientado. En un principio, los cameos (hay quien dice que la mayoría son reconocibles, aparte de los más evidentes, Miller, Clowes, Sala o Seth) y las referencias (el inventario de revistas que devoraba de niño, el chiste recurrente sobre la novela gráfica, el sentimiento de pertenencia a la tribu) podrían llevarnos a concluir que el público potencial lo componen, claro, los consumidores habituales de tebeos o al menos aquellos más o menos familiarizados con las viñetas. Sin embargo, la neutralidad del tono, la innegable gracia de las anécdotas, la universalidad del argumento (resumido en las cuitas pretéritas y actuales de un artista inseguro y pusilánime) y ese texto final de presentación —falsamente escrito a lápiz— en el que únicamente se destacan sus colaboraciones y relaciones directas o indirectas con determinados medios de comunicación enormemente prestigiosos, nos hace sospechar que lo que se busca es ampliar legítimamente el espectro.

Sea de una u otra manera, lo bien cierto es que esa naturaleza dimorfa lo enriquece sin cargarlo con complicaciones innecesarias. Alejado de la gravedad de, por ejemplo, la reivindicable *Shortcomings*, respecto a la que funciona tal que un contrapeso pese a que ambas autoexploran un mismo modelo de referencia, Tomine ha optado por fijarse en sus experiencias para trazar, al mismo tiempo, un retrato fidedigno de las entrañas del mundillo de los cómics y un rastreo de su lugar en el mismo. Tomándose como principal diana de la gran mayoría de las chanzas, aceptando su emplazamiento a la sombra de compañeros ilustres, consigue repartir estopa a otros miembros del club (colegas, críticos, fans, aficionados, librerías), descubriendo con esa táctica el alto índice de vanidad de muchos de los que forman parte de una industria —y déjenme que la llame así— que fuera de su estricto círculo tiene poca (o ninguna) trascendencia, condición extrapolable a nuestro panorama doméstico.

El precio de la fama (con todas las comillas que le queramos poner), las convenciones y festivales, con centenares de personas paseando con esas acreditaciones colgando del cuello que tan bien quedan, las sesiones de firmas y las giras promocionales, todo tiene su reverso. Sin hacer sangre ni cebarse en exceso, recorre los diferentes hábitats y estudia cada una de las especies con la única constante de que la persona que siempre sale malparada es el propio Tomine. Su representación en papel bebe tanto de sí mismo como de otros referentes populares (por ejemplo el que interpretaba Woody Allen en sus primeras películas) resultando un arquetipo divertidísimo y ocurrente, que crece y cambia, en suma, a medida que va viviendo, superando las dudas y aceptando con franqueza que la felicidad es simplemente tropezar con la menor cantidad posible de problemas.

Óscar Gual (Gandia, 1973), está vinculado laboralmente al Institut Municipal d'Arxius i Biblioteques (IMAB) de Gandia y es profesor asociado en la Universitat de València. Colaborador de diferentes medios como Saó o 13 millones de naves, es autor también de la monografía Viñetas de posguerra: los cómics como fuente para el estudio de la historia (PUV, 2013) y ha participado en las antologías críticas Yo quiero un TBO (Diminuta, 2017) y Cómic digital hoy (ACDCómic, 2016).